

Siete días en la Riviera

EJEMPLAR DE PROMOCIÓN

Siete días en la Riviera

Byron Cafe

Miquel Molina



catedral *La joie de vivre*

Primera edición: septiembre de 2022

Diseño de la colección: Enric Jardí
Cubierta: Freire Diseño Editorial
Imagen de la portada: Marco Test, d'Unsplash
Maquetación: Mireia Barreras
Mapa de las páginas 6-7: Nil Molina

© 2022, Miquel Molina, por el texto
© 2022, Catedral, por esta edición

Dirección editorial: Ester Pujol

Catedral es un sello de Grup Enciclopèdia
Josep Pla, 95
08019 Barcelona

Impreso en Liberdúplex
Depósito legal: B-3.822-2022
ISBN: 978-84-18800-03-0
Impreso en la UE

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas.

*El mar retorna al mar y el cielo, al cielo.
Es en una vida de ensueño
donde estoy cuando estoy contigo.*

PATTI SMITH

*El lugar ideal para mí es aquel en el que resulta
más natural vivir como un extranjero.*

ITALO CALVINO

*Dame un sorbo de tu copa de amor,
solo un sorbo y caeré ebrio.*

JAGGER/RICHARDS

Siete días

BOSQUES DEL BARÓN RAMPANTE

• Génova

• Rapallo

• Santa Margherita Ligure

• Chiavari

• Sestri Levante



Génova



Porto Venere

• Menton

• Mónaco

• Niza

• Villefranche-sur-Mer



Villefranche-sur-Mer

en la Riviera



San Terenzo



Lerici



Viareggio



Torre Scola

• Levanto

Cinque
Terre

Golfo de
los Poetas

• San Terenzo

• Lerici

• Porto Venere

• Torre Scola

• Marina di Carrara

• Marina di Massa

• Forte dei
Marmi

Lido di
Camaione

• Viareggio



VILLA EXTRAVAGANCIA

EJEMPLAR DE PROMOCIÓN

Quien quiera emular a Lord Byron en su travesía a nado debe ir con cuidado con los cruceros, los yates y las motos acuáticas. En el colmo de la desgracia, tendrá que sortear un destructor con base en La Spezia. O el ferri del Puerto de Venus, lleno de turistas atraídos por la leyenda de unos poemas que no leerán nunca. Mar de Liguria. Golfo de los Poetas. Verano del 2021. Hay decenas de barcas entre la cala de la que pudo partir Byron y la casa a la que se dice que llegó. Son siete kilómetros y medio, pero incluso un nadador precario podría recorrerlos gracias a la abundancia de boyas. Cada año se celebra la Copa Byron, que rememora la gesta del poeta. Los participantes, que se cuentan por centenares, invierten hora y media. Se supone que solo se inscriben deportistas avezados. La prueba la patrocina el hotel-beach-club Eco del Mare Night & Day de Lerici.

He pasado una noche alojado allí y he visto habitaciones con desconchados románticos y plantas venenosas que trepaban por la pared del jardín. He observado al camarero sirviendo margaritas en una terraza *natural chic* y he leído al despertarme un cartel con versos de Shelley:

Il Sole abbraccia la Baia e i raggi di Luna baciano il mare.

De este hotel, a Byron le hubiera encantado todo, menos saber que es su rival, y no él, quien da los buenos días en el desayuno.

Natural chic. Se diría que quien ha decidido publicar así el hotel sabe lo que buscaban aquí los poetas: el hechizo del paisaje suntuoso, pero solo en compañía de almas sofisticadas. *C'est chic*. *È chic*. Melodías de Donizetti y vino blanco en el anochecer ligure mientras un fatigado Byron detalla a los presentes las cuantas de su travesía. Es el mejor escenario para dejar la mente en blanco y que comparezcan en ella los espectros que, pluma en mano, escribirán la historia que hemos venido a encontrar.

Los románticos también viajaban, como nosotros, dentro de una burbuja de confort. Iban en compañía

de esposas, amantes, amantes de sus amantes, criados, niños y aduladores que acabarían agrandando su leyenda. También de alguna escritora agazapada a la espera de tiempos mejores, que tardarían en llegar. Y de turistas, como los que acudían desde la misma Inglaterra para cazar un autógrafo de Byron en las calles de Génova.

La palabra *troupe* evoca a los comediantes y juglares que van por las plazas con su repertorio de ilusiones. La *troupe* de nuestros poetas es, en cambio, un viaje atormentado hacia el fin del deseo. Pero a veces encuentran tiempo para escribir cartas en las que alternan el relato de sus miserias con la admiración por determinado reflejo del sol o de la luna, o por una planta que han visto crecer junto al mar de azur. Pinos de Alepo traídos de Grecia y la iris germánica o florentina, oculta tras la exuberancia de las buganvillas. Son soldados de la extravagancia, moradores de Villa Fascinación al fondo de cada bocacalle de la costa acantilada. Devotos del sol que ilumina, en el teatro de la mañana, las botellas vacías que nadie recoge.

Seguiremos sus pasos por la playa de Viareggio, los jardines ocultos de Génova, el mar somnoliento de San Terenzo o los cafés de Saint-Jean-Cap-Ferrat.

Hasta donde la Riviera es Rivière. Hasta donde, siglo y medio después de Byron, llegaron otros ingleses esclarecidos en busca del final de la canción.

... and I laid traps for troubadours...

Desde Italia viajaremos a Villefranche-sur-Mer, destino de soñadores rusos y heroínas sin final feliz. Allí dieron con sus huesos Byron y Shelley reencarnados en Jagger y Richards. O en Richards y Jagger: quién sabe quién reescribe los versos de quién en el Byron Cafe. A los Rolling Stones los acompañaban adictos y traficantes con ínfulas, borrachos de tióvivo, vendedores de princesas.

En Viareggio murió Shelley, en Génova se extravió el aura de Byron y la Riviera Francesa fue el canto del cisne del *rock*. Pero no se fueron sin antes deslumbrar con el último arrebató. Un destello final. En busca de esa luz, de esa revelación, conduzco desde Florencia, donde me deja el avión, hasta la costa oeste de Italia y más allá. Será un viaje de siete días. La verdadera historia de la poesía y de la música no la han contado ni los cronistas de sucesos ni los traficantes de drogas. Tampoco sus exhaustos protagonistas, forzados a

reinventar un pasado que han aprendido a olvidar. Tal vez esa verdad haya que buscarla en señales suspendidas en el tiempo. En el recuerdo lúcido de alguien que solo miraba. En una playa, en un jardín o en una ruina olvidada. Aunque sepamos de antemano que esa revelación será solo otra versión de la misma historia. Nuestra particular verdad, situada nada más lejos de la verdad.

Voy en busca de esos indicios. En un anticuario florentino he encontrado una piedra de azurita dentro de una caja forrada con terciopelo. Es la primera señal.

DÍA 1
SHELLEY CAFE

EJEMPLAR DE PROMOCIÓN

No me esperaba una plaza tan solemne. Por estar cerca de los chiringuitos de playa me la imaginaba más decrepita. Pero los edificios que la conforman son notables y hay palmeras esbeltas y distinguidas. La estatua del poeta está en el centro. Es un busto que se erige sobre una pequeña columna rodeada por una verja de color negro. Según desde donde se mire, la cabeza baila en el fondo verdeamarillo de las palmeras. No tiene flores, pero tampoco grafitis. A cualquiera le gustaría saber que sus tardes de posteridad van a ser tan plácidas como esta.

En el Shelley Cafe suena música latina. Los únicos clientes son adolescentes, puede que locales. Yo acabo de aparcar y me he sentado en la terraza, que ocupa parte de la calzada. Según he leído, tuvo que suceder cerca de aquí. Luego, lo buscaré. Intentaré dar con el

lugar exacto. Ahora estoy un poco aturdido por algo que acabo de ver en Instagram. Pido una cerveza que me sirve una mujer joven que lleva una camiseta raída de una universidad americana.

En la foto que me ha llamado la atención en el móvil aparece Patti Smith caminando por la playa del mismo lugar en el que estoy. El nombre de la ciudad, Viareggio, está indicado en la parte superior de la pantalla. El *post* lo colgó hace solo dos días. En él se ve a la cantante en la arena, junto al mar, con los pies descalzos y los pantalones subidos hasta por debajo de las rodillas. Ha publicado tres tomas. En las otras dos solo aparecen las olas en el momento de extinguirse. La fotografía viene acompañada de un sucinto texto:

This is walking in the sun.

Releo los comentarios y no encuentro nada que me aclare qué ha venido a hacer aquí. Su banda no tiene conciertos previstos y no hay programada en ninguna parte una lectura de poesía. La sigo desde hace tiempo y, de tener alguna actuación en su agenda, lo sabría. Pero intuyo lo que buscaba en esta playa. Es-

toy seguro de que es lo mismo que voy a perseguir yo cuando me levante, salga del café y camine los trescientos metros que me separan del mar.

Soy de Patti Smith desde 1978, cuando invertí en un disco suyo el primer dinero que gané con mi trabajo. Con la miseria que me pagaron montando bolígrafos en un taller del barrio, bajé hasta el centro y me compré su *Horses*. Había leído una crítica elogiosa en una revista musical que devoraba por entonces, y no me decepcionó. A decir verdad, no he dejado de escucharlo. Creo que «Redondo Beach» es una de las mejores canciones del *rock*. Se la habré oído cantar cinco o seis veces en directo.

De los discos y los conciertos pasé a los libros. Había leído alguna recopilación de letras cuando una amiga me regaló *Éramos unos niños*, la crónica de su estancia en el Chelsea Hotel de Nueva York con Robert Mapplethorpe. Allí encontré la misma voz que me había cautivado en los discos, ahora reviviendo el amor de dos jovencitos frágiles y talentosos, almas perdidas en la gran ciudad. A partir de entonces, leí todos los libros que fue publicando. *M Train*, *Devotion*, *The year of the Monkey*... A estas alturas, la conozco tanto como para saber por qué ha elegido esta

playa sin encanto de Viareggio para quitarse las botas
y remojar en el mar sus pies cansados.

*I'm dancing barefoot
Heading for a spin
Some strange music draws me in
Makes me come in like some heroin.*

Lectora declarada de Baudelaire, de Rimbaud o de Bolaño, Patti Smith solo puede haber venido aquí para ver dónde naufragó el poeta Percy B. Shelley, como trabajo preparatorio de su próximo libro. Ella ya le dedicó una canción, «Dream of Life», inspirada en unos versos del poemario *Adonais*. Sé que hace unos días frecuentaba cafés parisinos y visitaba las tumbas sagradas de la poesía. Por eso, ahora, me la imagino inventando versos que nos contarán las últimas horas del poeta devorado por ese mar que ella imaginó, cuando en los setenta recitaba en las iglesias y ni siquiera sospechaba que Shelley pudiera haber muerto en una playa tan luminosa. ¿Qué se le ha perdido si no a Patti Smith en esta orgía de merenderos? ¿Una tarde al sol comiendo cucuruchos de chocolate?

There is no land but the land (Up there is just a sea of possibilities).

Ya lo averiguaré. Pago la cuenta y salgo. Intuyo que la señal que busco está detrás de ese restaurante de ahí enfrente. Hay que atravesarlo para acceder a la playa del naufragio. Superadas las mesas, una pasarela de madera conduce hasta el agua. A ambos lados hay bañistas tendidos, sin espacio para otra toalla. El entorno no es propicio para la evocación, pero todo cambia en una décima de segundo. Descubro que el surco que dibuja el sol en el mar plateado lo atraviesa una goleta y, por un instante, pienso que es un efecto óptico. Pero pronto me percato de que no. Allí, contrastada en el horizonte, hay una barca que navega hacia el norte, que era el rumbo que aquel día tomó el *Don Juan*. Es la señal que necesitaba, de eso no tengo duda. Hago una foto con teleobjetivo y compruebo el resultado en el visor. No, no es un espejismo. La barca existe, con sus velas desplegadas y las sombras temblorosas de los tripulantes que se desplazan por la cubierta. Pronto sale del encuadre, pero sospecho que su mera visión ha dado sentido a mi viaje.

Día 8 de julio de 1822. Fue aquí, mar adentro, a la altura de este mismo retazo de playa. El poeta Shelley viajaba desde Livorno hasta San Terenzo, en el golfo de la Spezia, a bordo de una embarcación parecida a la que acabo de fotografiar. En San Terenzo lo esperaba Mary. Habían alquilado semanas atrás una casita destartalada frente al mar, donde ella se recuperaba de un aborto. El barco, a propuesta de Lord Byron, había sido bautizado como *Don Juan*, en honor del libro que estaba escribiendo. Pero hoy sabemos que los Shelley aceptaron de mala gana la sugerencia de su amigo. Que mantuvieran una excelente relación no le daba derecho a colonizar la vida íntima de Percy. La propia Mary asegura que, poco antes del naufragio, el matrimonio cambió el nombre del barco por el de *Ariel*, sin que Byron supiera de la traición. El *Don Juan* o *Ariel* era una goleta de diez metros que Shelley había probado en las tranquilas aguas del golfo, pero nunca a mar abierto. Aquel día funesto, le acompañaban a bordo el aventurero Edward Williams y el grumete Charles Vivian, de solo dieciocho años. Ninguno sobrevivió al naufragio, motivado por un defecto de fabricación de la nave y por haber ignorado sus tripulantes el riesgo alto de tormenta.

Debe de ser un rasgo común entre los artistas ingleses fascinados por la Riviera subestimar la bravura de sus aguas. Ciento cincuenta años después del naufragio de Shelley, Keith Richards corrió peligro en estas mismas costas cuando emprendió un arriesgado paseo junto a su hijo en un barquito recién alquilado. Si a Percy le esperaba su Mary, en la mansión de Richards aguardaban su novia, Anita Pallenberg, y una corte de músicos y truhanes. También lo hubieran llorado, pero de otra manera.

Que estas aguas de azurita se vuelven gris cementerio en cuestión de segundos era algo que Shelley ya contemplaba. En las semanas previas a la tragedia, había fantaseado con la ilusión de la muerte. A su amigo Trelawny le pidió que le consiguiera, «a cualquier precio», una pequeña dosis de ácido prúsico. No para suicidarse, sino para disponer de «la llave dorada que da acceso a la cámara del descanso eterno». Y a su querida Jane Williams, la esposa del malogrado Edward, unida a Shelley por algo más que sus charlas sobre lo divino y lo italiano, la había invitado a perderse con él, en un viaje marino sin retorno, para descubrir «el gran misterio». Jane, por supuesto, le ordenó horrorizada que la devolviera a tierra firme.

El flirteo de Shelley con la idea del naufragio y del suicidio agrandó su reputación romántica, pero no solo eso: también inspiró la sospecha de que había un Shelley que aspiraba a ser más *byronico* que el propio Byron.

Hoy, en Viareggio, la luz es tan intensa que fulmina las ideas oscuras. Del naufragio de Shelley no queda ni la evocación. En Normandía, las playas del desembarco serán siempre playas de la desolación, mientras que estas han sucumbido a las sombrillas y al aroma de fritanga. Y está bien que así sea. No pretendo ver cementerios donde la gente ve bañadores ajustados y olas surfeables.

Pero lo cierto es que hoy he venido para recordar que, poco después del naufragio, el cuerpo de Shelley apareció muy cerca de donde estoy. Los encargados del rescate lo reconocieron por su vestimenta. La prueba definitiva de que era él fue el hallazgo en el bolsillo de la chaqueta de un libro de Keats abierto por la página del poema «Eve of St. Agnes». Era el libro que Shelley estaba leyendo aquellos días.

Jamás en una noche así se habían unido dos amantes, hasta que Merlín pagó al Demonio su deuda.

Cuando ya no hubo duda, dispusieron un funeral griego, adecuado a sus ideales románticos.

La muerte de John Keats, un año antes, había afectado mucho a Shelley. Su tristeza la había sublimado escribiendo *Adonais*, su elegía a Keats, lo que nos lleva a pensar en otra conexión entre poetas y naufragos de esta Riviera de los ingleses.

Londres, 1969. Mucho tiempo después del naufragio de Viareggio, Mick Jagger pide silencio a una multitud reunida en Hyde Park para ver a los Rolling Stones en su primer concierto sin el fallecido Brian Jones. El cantante quiere leer un poema «para Brian». El guitarrista de la banda ha muerto ahogado dos días antes, pero no en el mar convulso, sino en su propia piscina en circunstancias misteriosas. El poema que recita Jagger en honor de Jones no es otro que el «Adonais» de Shelley.

No está muerto, no duerme,
se ha despertado del sueño de la vida...

Shelley homenajea a Keats y Jagger homenajea al ahogado Jones sirviéndose para ello del poema escrito por el ahogado Shelley para homenajear a Keats.

Con los mismos versos que toma prestados Patti Smith para homenajear a Shelley. Esta sería la secuencia. ¡Quién sabe adónde ha ido a parar aquel viejo ejemplar de tapas azules en el que el líder de los Stones leyó los versos antes de que empezara el concierto! Jagger, que siempre ha querido ser más Shelley que Byron.

Camino ahora unos trescientos metros tierra adentro. Por aquí, según los testimonios, se incineró el cuerpo de Shelley. Intento guiarme por cuatro coordenadas que tengo anotadas en mi cuaderno y que he extraído de libros antiguos. Ubicaciones de viejos hospitales, de cuarteles que ya no están. Cien metros más allá, calculando el retroceso de las aguas. O quizás hacia el lado opuesto, mirando a las costas de la Toscana. No acabo de orientarme. En cualquier caso, siempre cerca de la villa de Paulina Bonaparte, hermana de Napoleón, que dispuso que levantaran su palacio cerca de donde se ofició el funeral de su poeta preferido. Tal vez fue en esta vía IV Novembre donde encendieron la pira funeraria. En el mismo punto donde está ese aparcamiento de bicicletas que tengo delante, bajo el asfalto, justo ahí estaría la arena quemada de la última playa de Shelley.

La ceremonia fúnebre fue una de las más siniestras

de la historia de la literatura. De tan sórdida, invita incluso a recrearse en los detalles. Han pasado doscientos años y nadie va a quejarse por ello.

Viareggio, 8 de agosto de 1822. El patibulario Trelawny dirige las operaciones después de conseguir el permiso de las autoridades sanitarias. Para que el cuerpo de Shelley prenda y sus cenizas se las lleve el viento, es necesario rociarlo primero con líquido combustible. Según escribió el propio Trelawny, hubo que verter encima del finado más vino del que este había consumido durante toda su vida. Que no debía de ser poco.

El espectáculo es demasiado escabroso para un alma sensible como Byron. Según algún testigo, se ausenta para darse un baño. Hay uno que dice que nada hasta su propio barco, el *Bolívar*. Otro, que solo está indispuesto. En algún momento de la ceremonia, Byron expresa el deseo de quedarse con la calavera de su amigo como recuerdo, pero los demás no acceden a su petición. Saben que, en el pasado, el poeta se jactaba de haber servido vino dentro de un cráneo a los huéspedes de su residencia inglesa de Newstead.

¡No con el de Shelley!, deben de pensar. Hasta la pulsión romántica tiene un límite.

Pero parece bastante verosímil que el corazón del naufrago sí acabase convertido en una preciada reliquia. Pudo ser Trelawny quien lo extrajera del cuerpo —al parecer calcificado— y se lo entregara a Leigh Hunt, otro expatriado del círculo de Liguria. Este, a su vez, después de hacerse de rogar, se lo habría dado a Mary Shelley, quien lo conservó toda la vida envuelto, dice la leyenda, entre poemas de Keats.

Regreso al Café Shelley con la secreta esperanza de ver a Patti Smith garabatear cuadernos en una mesa. Me encantaría averiguar qué ha escrito sobre la última llama de Shelley. Ella, que sabe entrar en la mente de los poetas para jugar con sus versos. Tendré que esperar a que publique el libro.